

Artículos centrales

Apuntes sobre otros escritos El pensamiento que se llevó la pandemia

Patricia Digilio*

Fecha de recepción: 10 de noviembre de 2020
Fecha de aceptación: 16 de noviembre de 2020
Correspondencia a: Patricia Digilio
Correo electrónico: patriciadigilio@gmail.com

*. Filósofa, Magister en Políticas Sociales y Dra. en Ciencias Sociales. Profesora Titular Regular e Investigadora de la Universidad de Buenos Aires.

Resumen:

Este ensayo se propone dialogar con otros escritos para presentar algunas reflexiones que acompañen el intento de comprender este presente en las condiciones inéditas generadas por la pandemia. Procura describir las notas que definen esta actualidad y proyectar sus alcances sociales, éticos y políticos.

Palabras clave: Virus - Biopolítica - Miedo.

Summary

This essay proposes a dialogue with other writings to present some of the reflections that accompany the attempt to understand this present time in the unprecedented conditions generated by the pandemic. It tries to describe the records defining this current situation and project its social, ethical and political range.

Key words: Virus, biopolitics, fear.

No acudan a mí con la verdad.
 No traigan el océano si me ven
 sediento ni el cielo si pido luz
 azul, traigan mejor indicios,
 un poco de rocío una partícula
 así como los pájaros llevan el
 agua sólo en gotas y el viento
 una brizna de sal.

Olave Hauge

Miro, no ya con la intención de comprender sino solo con asombro. Se dice, como tantas cosas se dicen, que es esta una expresión que alguna vez hizo suya Hermann Hesse. Si es así, se la pido ahora prestada. La necesito como punto de partida de un camino errático que no encuentra destino. Prefiero no engañar ni ilusionar. Nada tengo para decir que no sea sino mi propio desconcierto. Apenas, unas tristezas, algunas consideraciones y ciertas disquisiciones borrosas. Es esta una escritura de la urgencia y como tal se empuña temblorosa, por lo que difícilmente pueda dar el blanco. No hay flecha que acierte en el corazón de este presente inédito. Y así lo prefiero.

Si compartimos con Deleuze que actualidad se dice de aquello en lo que nos estamos convirtiendo, no hay manera de hablar o de escribir sobre esta actualidad. Sabrá quién qué será lo que será y quiénes seremos. Tampoco hay manera de comprender a ciencia cierta esta actualidad si comprender es explicar, dar razones, fundamentar a la manera de esas argumentaciones que culminan con un "como claramente puede verse" o esta otra; "como ha quedado demostrado" y hasta la infalible "podemos entonces concluir". Nada de eso vale para este intento rudimentario y ferviente de buscar sentidos en medio de la desesperación que provoca un mundo que se muestra amenazante e irreconocible. En cambio, si como ha quedado dicho en Arendt, la comprensión no significa eludir lo que resulta áspero y esquivo, ni recurrir forzosamente a la deducción para encontrar precedentes para lo que no los tiene, sino se hace de ella el placebo que calma el dolor del mundo y si más bien significa examinar y soportar conscientemente la carga que nuestro tiempo ha colocado sobre nosotros -y no negar su existencia o someterse mansamente a su peso-, si significa, digo, un atento e impremeditado intento de enfrentamiento sin ambages con la realidad, un soportamiento de ésta, sea como fuere, porque ahí

está y nos reclama entonces prefiero salir del asombro o de las certezas consabidas – a estas alturas y en este estado de las cosas son lo mismo- para ensayar sin garantías y sin pretensión de conclusiones algunas aproximaciones y merodeos con la intención de comprender sin poner punto final al movimiento del pensamiento. Y digo también que no he encontrado mejor forma para ese movimiento que el circunloquio. No hablo entonces de recorridos rectos, ni de ajustadas argumentaciones, sino de continuar pensando al impulso de otros y ciertos pensamientos para los que no tengo que ofrecer más que algunas apostillas.

Los acontecimientos del mundo

No soy injusto, pero tampoco valiente.
 Hoy me enseñaron el mundo tal cual es.
 Me lo mostraron con un dedo ensangrentado
 y me apresuré a decir que sí,
 que por mi estaba bien

Bertolt Brecht,
Balada del consentimiento a este mundo

Ocurre, puede ocurrir encontrarnos entre las cosas y los acontecimientos del mundo como quien los presencia y al mismo tiempo no sabe ni puede dar cuenta de lo que pasa. Puede ocurrir también, incluso a pesar de este cierto desconcierto, que si la situación nos habilita a hacer algo, pongamos toda nuestra energía en hacerlo. Pero en ocasiones también puede ocurrir que ese desconcierto resulte en una forma de aturdimiento que no nos permita dedicarnos a hacer nada porque no sabemos qué hacer ni cómo hacerlo. Y puede, desde ya, suceder que a pesar del desconcierto o del aturdimiento la situación nos imponga, con el imperativo de la urgencia, hacer algunas cosas. Algunas o varias. Pero hay algo que ese imperativo de la urgencia nos impide, algo específico respecto de la situación: pensarla.

El mundo que conocíamos el sistema –mundo en el que nuestra existencia aparecía como dotada de sentido se ha detenido - aunque habrá que pensar con alguna suspicacia, lo adelanto, qué es lo que efectivamente se ha detenido para no embobarnos con fórmulas universalistas que terminan transformándose en coartadas de mala fe.

Digamos para continuar, que a este mundo un virus de una potencia devastadora lo acorrala. Ante este virus

desconcertante que ha hecho de los gestos más amables e inocentes de nuestra cotidianidad un peligro éste, nuestro mundo, se muestra perplejo y conmovido.

Pero como no es cuestión de hacer evidente esa perplejidad ni ese desconcierto se apela con instrucción ilustrada a esa estratagema siempre vigente de la modernidad con la que disimular el desconcierto: los números, las estadísticas. Y así tenemos, tantos infectados, tantos, muertos, tantos. Y es que si el pensamiento no quiere condenarse a una errancia vaga, debe recurrir al número y leer el mundo en caracteres matemáticos. Así fue dicho. Y así, llegando al paroxismo de esa lógica, cada infectado, cada muerte entra en la cuenta.

Esa dinámica lineal, acumulativa, inexorable del tiempo que llamamos progreso es dismantelada por un virus frente al cual, las reacciones, las acciones los conocimientos que se despliegan para ralentizar su avance emulan a los del medioevo, esa *noche de mil años*, ese tiempo que se asocia con la peste. Y al igual que en el medioevo esta peste, la nuestra, es de origen difuso y llega desde fuera. Es legado de extranjería. En estas similitudes, lo que hace la diferencia, tal vez, es que resulte más inconcebible el hacer pasar a ésta, nuestra peste, por una catástrofe natural o una sanción divina porque desde la modernidad en adelante cualquiera de estas atribuciones ha perdido sentido y es justamente la pérdida de sentido de esas referencias lo que nos hizo modernos.

Nadie puede tampoco decir con autenticidad que este *virus de la revelación* ha venido a mostrarnos lo despiadado, desigual y cruel de un mundo que es nuestra responsabilidad. Ciertamente que el anuncio de este descubrimiento no es más que el gesto de impostura de quienes se han servido de esa desigualdad. Se hacen los sorprendidos, en plan de impunidad, al contemplar su propia obra. Porque ya lo sabíamos, y lo sabíamos muy bien. Conocemos las injusticias y las desigualdades con las que habitamos un cotidiano abrumador. Las conocemos, las tenemos presentes ya por atravesarlas con mayor o menor intensidad ya porque es una canallada soslayarlas.

No es ni ha sido el desconocimiento el obstáculo para cambiar el estado de las cosas sino aquello que nos faltó o acaso no fue suficiente para hacer las transformaciones necesarias. Además de contar algunas derrotas. Esta es la tremenda aflicción que se clava en el alma: que lo sabíamos. Que se anunciaba. Asistimos a la realización de una utopía negativa. A la consagración de la profecía

autocumplida. Porque lo sabíamos desde el momento en que nos entregamos a ese movimiento automotivado de esa racionalidad instrumental dominante. Desde el momento en que aceptamos el triunfo de una ontología monista y rudimentaria que deshizo fronteras y habilitó extender la forma de tratamiento que el capitalismo industrial había desplegado sobre la materia inerte: extracción, explotación y acumulación, a la viviente. Desde el momento que se inicia de manera sostenida y pareja la tarea de reducir al pensamiento a una unidad de conocimiento y a las variedades ontológicas a sus homologías estructurales bajo el dominio de la tecnología y la ley del mercado para dar lugar a una vida tecnologizada y capitalizada. Desde el momento que esa vida devino mercancía y más adelante capital humano para quedar reducida a una forma de administración que la escinde en dos modelos irreductibles: el de la mera supervivencia y el de su consumo. Desde el momento en que por legitimidad de “ley natural” están quienes pueden asegurarse la vida y por lo tanto ser los que la “merecen” y quienes se han vuelto superfluos.

El límite en el que nos sitúa esta entidad que no está viva ni es inerte y que necesita de un huésped que le albergue para iniciar su derrotero destructivo es indicador de nuestro fracaso civilizatorio.

Lo que viene a develar este virus, los descubrimientos que nos trae son otros y deberían ser suficientes para dismantelar las ficciones constitutivas del capitalismo. Tenemos que las potencias más poderosas con sus ciencias y sus tecnologías más desarrolladas y sofisticadas concebidas al servicio de su expansión sobre la base de un concepción reificada y mercantilizada de la vida, se han mostrado incapaces de frenar y hasta de morigerar su expansión. Los extraordinarios avances de las tecnologías y de las ciencias biomédicas se muestran en desventaja ante el barbijo, el jabón y la lavandina.

Entonces, no sería, acaso, este el momento para poner en discusión todos nuestros saberes, nuestros modos de producir conocimiento y las estructuras de pensamiento, propias de un mundo globalmente intervenido tecnológica y políticamente, sobre las que se sostienen. Y no será también que habrá que comenzar a advertir que muchos de esos conceptos y categorías tramados por esos sistemas de pensamiento y asegurados por nuestros sistemas de valores pierden eficacia interpretativa frente a la novedad de lo que significa esta situación.

Los resultados de ese asalto para el despojo de los sistemas sanitarios que ha sido y es el neoliberalismo se

pueden ver con claridad. Ya sabemos y mucho se ha indicado que allí tenemos que llevar nuestra mirada para identificar una de las causas, sino la mayor, de este padecimiento. Pero, si ya parece que no puede ocultarse la relevancia para la pandemia de la sistemática destrucción del sistema sanitario por parte del neoliberalismo, resulta más difícil *desbaratar ese modo de la subjetividad que el neoliberalismo ha logrado con extraordinario éxito producir*. El neoliberalismo imprime su marca en los modos particulares y sociales de transitar la pandemia. *Nos repetimos como individuos fraguados en y por esa matriz de dominación total que es el neoliberalismo. Y así tenemos que hemos entrado con comovedora mansedumbre y sin sospechas a esa virtualidad que ya nos esperaba al modo del acecho. La emboscada ha sido exitosa.*

El Desliz de la virtualidad

No me gustan los besos. Lo que me gusta es el
sabor de los besos en los besos
No me gustan las fresas. Lo que me gusta es el
sabor de las fresas en las fresas.

Antonin Artaud,
poema

Nos afantasma pensar que estemos ante el declive de la edad nómada y de lleno en una radicalización de ese sedentarismo iniciado con la organización del saber en las sociedades informatizadas y cuyo corolario es ahora el *homo office*.

Juan José Mendoza,
Homo Bunker

Y cómo es que ocurre que este desplazamiento ontológico, que diluye nuestras presencias en recortes de pantalla, suceda sin que ni siquiera se produzca alguna resistencia que se exprese como modo de perseverar en el ser. Ha sido como un deslizamiento con algunas sacudidas al que, a medida que se producía, nos fuimos acomodando para quedar sumergidos, un poco por obediencia y mucho por inercia, en el trabajo extendido. Ahora sí, desde casa y en el trabajo virtual somos finalmente emprendedores de nosotros mismos. Ahora sí, estamos en condiciones de cumplir con una suerte de explotación autoadministrada y de retroceder en el ejercicio de nuestros derechos, sin objeciones. Desborde de ofrecimiento en las pantallas. Atolondramiento de los sentidos, pérdida de los afectos. Mentira de esa ilusión comunicativa que es la cadena de mensajes. Sa-

turación ante esas cabezas parlantes y esos cuerpos en dos dimensiones que ocupan la pantalla. Aislamiento y confinamiento. Rehabilitación de ese instinto de supervivencia de un humano que busca resguardo en el interior de su cobijo. Consagración de esa figura imposible: el individuo. Los modos de existir en la pandemia viral han quedado absorbidos por esa extraordinaria operación de sentido que es el neoliberalismo.

Hemos sido lanzados a una realidad que tiene algo de inverosímil y cuyo peso resulta insoportable. La huida a la virtualidad ha sido una maniobra un tanto rudimentaria, por cierto, pero no por primaria menos eficaz o inofensiva. Es preciso desarmar el subterfugio del carácter inmaterial del mundo virtual para reconocer que la despersonalización de las relaciones de poder por medio de la técnica constituye una estrategia política, que ese mundo virtual interactúa con la realidad, y que esa interacción produce efectos materiales y simbólicos. Los programas, las plataformas, los dispositivos tecnológicos han dejado de ser tales para devenir matrices formativas. Esas matrices en su elemental reduccionismo poco tienen que ver con esa proliferación rizomática del ser, a la manera en que lo aprendimos de Deleuze y Guattari como apertura a lo diverso. La hipertecnologización nos retrae a un mundo binario, identitario. Reanuda la condena a una ontología identitaria que parecía ya habíamos purgado. La conexión permanente se ha instalado en desmedro de esa corporeidad que es hoy peligrosa y de la que tanto se desconfía. El cuerpo propio se ha constituido en nuestro único horizonte. Ante estas condiciones que modelan diariamente nuestra existencia, me pregunto; cómo se afectan los cuerpos unos con otros y cómo se experimenta la alteridad en esta distancia. Cómo no desarrollar una sensibilidad fóbica hacia ese otro que es capaz de portar el virus sin anunciarlo y hasta sin saberlo: el infectado asintomático. Dónde será que van y que será de los abrazos que no damos, de los besos cancelados, de los sudores y de los olores que son identidad de los cuerpos que hoy no se encuentran. Triste, muy triste es esta forma de reconocer nuestra inevitable interdependencia para tener que resguardarnos en aislamiento. Para estar en el distanciamiento.

*¿Cómo es que vamos a reunirnos de ahora en más?
¿Cómo vamos a volver a mirarnos a los ojos?
¿Cómo nos vamos a vincular con el cuerpo de los otros?
¿Cómo vamos a volver a estar juntos?*

Se pregunta Susy Schok en una performance imprescindible. También leo que escuchar es prestar atención

a los otros y darles la bienvenida en nuestro propio ser y pienso si acaso no sea ya tiempo de devolver los oídos a su función principal, que no es oír, sino escuchar. Y a los ojos la propia, que no es ver, sino mirar, es decir registrar, reconocer, recibir. El amor y la política, esas formas propias de lo humano, han sido, están siendo erosionados por este virus de efectos negativos selectivos.

La creación de lo humano

El efecto del virus radica en la parálisis relacional que propaga.

Franco Berardi,
El umbral

¿Cuáles son los efectos políticos del pensar y el actuar en la constitución del mundo en el que vivimos? ¿y cuáles los de su retirada? Y una pregunta todavía más acuciante; ¿tiene todavía la política algún sentido?

La enfermedad es causada por el virus, lo sabemos y resulta de una necesidad perversa negarlo. Pero también sabemos que a estas alturas se ha entretendido con procesos socio-políticos y económicos y que por lo tanto ya puede reconocerse en sí misma como una entidad socio-política-económica que podemos interpretar como un hecho social total. Si es así, cómo se puede tratar con esta entidad (seriamente) si el espacio público queda cancelado. La pregunta política es entonces qué otra cosa se puede hacer como modo de vivir además de preservarnos, cómo y dónde. Estas preguntas son de aquellas que, al decir de Camus, nos ponen frente a los problemas esenciales que no son otros que los que ponen en peligro la vida o duplican el ansia de vivir. Estas preguntas, también lo sabemos de Camus, piden ser atendidas con un cierto equilibrio de evidencia y lirismo porque en su respuesta se cifra nuestra existencia como humanos, nuestra condición humana que ciertamente no se contrae a su dimensión biológica. Una buena medida de osadía y otro tanto de imaginación dotada de coraje se necesitan para tratar con ellas.

Repetimos, lo que ya Aristóteles dijo, la substancia 'humano' no es una mera gestación físico-biológica. Del mismo modo que decimos del pez que es un animal acuático, la sustancia de lo humano no sobrevive a su secesión de su medio social/político (y más en concreto de la sociedad política) así como fuera del agua no existe pez alguno sino un pescado.

Replegarse en los límites del espacio privado no conduce sino a la polarización y al empobrecimiento de la vida socio-política. Es el repliegue de nuestra humanidad.

Convertirse en un ser humano pleno significa dar el paso de la existencia meramente física en la esfera privada a la vida política y cultural de la esfera pública. Si no conseguimos dar ese paso, así lo entendemos con Arendt, no llegamos a transformarnos en seres humanos y podemos permanecer sí, pero en un estado animal. El arte, la política y la cultura son los que dan forma y sentido a esa esfera pública. Si desaparece ese espacio común la vida se transforma en un ejercicio de subsistencia y el humano queda reducido a ese estremecimiento de su primer nacimiento. Es tierra baldía.

Vivir humanamente es ante todo habitar un mundo compartido con las otras personas. Es con-vivir. Si entro a formar parte del mundo, entro a formar parte de un mundo en el que los demás siempre están presentes y en el que estoy ante el otro como el otro ante mí, irremediamente. Soy en el aparecer ante ese otro que aparece ante mí.

Después de todo no se trata más que de reconocer que para el humano no basta serlo como realidad biológica o como individuo de la especie. Parafraseando a Simone de Beauvoir, podemos decir que no se nace humano sino que hay que devenir humano. Esa especificidad se hace efectiva en una relación que establece consigo mismo en tanto es con otros. No hay humanidad sin autoconciencia. No hay yo sin otros. No hay yo que sobreviva como tal fuera de las relaciones intersubjetivas. No alcanzamos nuestra humanidad en solitario, sino en relación con los otros en un mundo común y plural compartido.

La política pide un rostro

Forastero, extranjero ¿cuál es tu rostro?
¿El de una bestia, el
de un Dios o el de un hombre?

A.A

Adios-dijo el moribundo al espejo
que tenía en frente,
no volveremos a vernos.

Paul Valery

Para escapar al sufrimiento o
disminuir su intensidad,
son necesarios la gracia de un rostro,
el reconocimiento del otro.

David Le Breton

En una de sus últimas intervenciones Giorgio Agamben parte, en un ejercicio reflexivo que vuelve de manera alusiva sobre el rostro de la política, de una frase de Cicerón que vale la pena retener; "Lo que se llama rostro no puede existir en ningún animal excepto en el hombre, y expresa su carácter". Cicerón inspira a Agamben para decir que es en el rostro antes que en la palabra que el humano se expresa y se revela. Porque es el rostro el lugar de su propia verdad, el rostro es lugar de la política puesto que si no hay una política animal es solo porque los animales que siempre están ya en lo abierto no hacen de su exposición un problema, simplemente moran en ella sin preocuparse, aclara.

El rostro es un elemento político de primer orden porque es también el elemento propio de la comunicación. Si los humanos limitaran sus intercambios comunicacionales a transmitir información ya como órdenes o descripciones tampoco habría política. A lo más, intercambios de mensajes. Porque es mirándose de frente, que los humanos se apasionan, perciben sus similitudes y diferencias, su distancia y su proximidad y producen ese acontecimiento ontopolítico que es el reconocimiento. Donde no hay rostro no hay humanidad.

La palabra griega *πρόσωπον*, refiere en su etimología a "lo que está a la vista de otro" y en sus usos y sentidos a rostro y persona. La palabra enlaza rostro y persona. En un lucido ensayo sobre las figuras de la alteridad en la Grecia Clásica, Jean Pierre Vernat, retoma la etimología de La palabra griega *πρόσωπον* para interpretar que la misma se relaciona entonces con el hecho de mostrar y mirar. Se entiende, por lo tanto, que los muertos, que ni miran ni se muestran, no tengan, en sentido estricto, un rostro. La noción griega de *Πρόσωπον* hace del mirar y ser mirado la condición de su significado.

Si sólo los vivos tienen rostro, y de entre los vivos sólo los humanos ¿qué queremos decir, exactamente, al hablar del rostro y de este requerimiento de visibilización? Y ahora, qué acontece, qué desplazamientos se producen y cuáles sentidos y significados se generan cuando por razón sanitaria el rostro aparece parcialmente vela-

do en sus apariciones en un espacio público.

Las ambiguas relaciones de lo visible y lo invisible no están excluidas de la política. Es más, constituyen su sustancia. "Poner el cuerpo", "dar la cara" son formas de los compromisos de presencia y de exigencia de la práctica moral. Son reclamos ético-políticos. Hay algo aquí, que es lo que parece vislumbrar Agamben, que se transforma y produce un desplazamiento de sentidos cuando el rostro desaparece del espacio público y que entiendo habrá que pensar como una forma de transición ontopolítica en la constitución del sujeto político contemporáneo, aunque todavía no resulte posible develar su alcance.

Digamos también, a modo de confidencia que nada de todo esto sucede sin que nos invada esta congoja de extrañar los rostros, anhelar los cuerpos.

El desinterés por el mundo

El peligro de desarraigarnos del mundo
es mayor en tiempos oscuros

Hannah Arendt

Y Zaratustra se detuvo y reflexionó.
Finalmente dijo turbado:
"¡Todo se ha vuelto más pequeño!"

F. Nietzsche,
Así habló Zaratustra

El declive de la esfera pública no es una novedad de la pandemia. Es un fenómeno propio de las sociedades contemporáneas. Es ese modo de la subjetividad que el neoliberalismo ha sabido cultivar el que da vida a un sujeto centrado en sus intereses privados, preocupado por su seguridad y la de los suyos y desinteresado por el mundo. En realidad es un sujeto que está en un mundo en el que las personas viven juntas pero sin interés común. Ese movimiento de retirarse del mundo es una tendencia peligrosa que trasunta un desinterés que es también abdicar de la responsabilidad que se comparte por lo que ese mundo sea y conduce al desprecio de la política. En realidad, a su descrédito. Cuando una sociedad se inicia en este desarraigo del mundo, cuando pierde ese sentido de lo común, de responsabilidad, y de solidaridad podemos decir con perspectiva histórica, y no solo ética, que se desliza de la indiferencia a la deshumanización.

A la búsqueda de la normalidad pérdida

El tiempo está fuera de quicio.
Oh!, suerte maldita que ha querido que yo naz-
ca para recomponerlo”

W. Shakespeare,
Hamlet

Pero tú alimentas al miedo /y a la soledad/
como a dos animales pequeños/
perdidos en el desierto

Alejandra Pizarnik

Y ahora también resulta que finalmente queríamos esa normalidad de la que tanto abjuramos.

Y ahora, más que nunca, en un tiempo dislocado la reclamamos, la buscamos. ¡Pobrecitos nosotros! en este estado de desorientación buscamos afianzar con premura nuevas normalidades que mantengan el simulacro de una continuidad. Mientras tanto, asistimos, en una suerte de estado contemplativo, a una extensión inédita a nivel mundial de las prácticas y los dispositivos de control y supervisión de los individuos y de las poblaciones que ganan en precisión y aceptación bajo la retórica de la prevención sanitaria y el bien común. Cuanto más el peligro que hostiga a la vida se inmiscuye en todas nuestras prácticas, más parece escucharse el coro de los administradores del mundo: ustedes tengan miedo, nosotros lo administramos. Esa es la respuesta de protección ante la inminencia del peligro. Ante el miedo.

No es otra que la apuesta del paradigma inmunitario cuando toma la vida como contenido directo de su propia actividad. Cuánto de ese componente, que nadie captó mejor que Hobbes como motor de la vida política, cobra hoy vigencia para definir el rol de las infraestructuras políticas de administración del miedo. El miedo y su control son constitutivos de una relación gobernante- gobernado que particularmente se exacerbaba en períodos de amenaza. Pero si el miedo puede ser administrado para la inmovilización hay que decir también con Hobbes, aunque esta sea la parte olvidada, que, al menos potencialmente, el miedo no tiene solo una carga destructiva sino que es también una potencia políticamente productiva. No se limita a bloquear e inmo-

vilizar, sino que, por el contrario, impulsa a reflexionar para neutralizar el peligro. Lo que hoy es nuestro miedo está constituido por lo que no se sabe, y en especial por la incertidumbre por lo que va pasar.

Cómo interpretar con ese telón de fondo, esa invocación que a la manera de plegaria pide el retorno a la normalidad. Si la normalidad que se anhela es la de continuar en un mismo estado de cosas en nuestras relaciones socio-políticas y en el modo en que disponemos del mundo, el coronavirus no será sino un episodio que preludia desastres mayores. Apenas una preparación para un descalabro aún más profundo e irreversible. Esta es hoy una de las pocas certezas con las que contamos. Qué hará de nosotros esta pandemia es todavía una incógnita. Lo que si ya podemos reconocer, y no es un buen auspicio, es la incapacidad que hemos mostrado para tratar con el dolor de la pérdida, de la muerte, de la angustia por la incertidumbre que el atravesamiento de esta experiencia produce ya que. al menos hasta este momento, estas experiencias no han dado materia para elaborar una ética capaz de lidiar con ellas y sus condiciones.

No hay lugar para el dolor en este mundo despiadado aunque es bajo este estado de incertidumbre y de dolor que la humanidad vive esta experiencia inédita que sin duda inaugura un nuevo tiempo.

La pandemia tiene una dimensión de crisis sanitaria, importante, muy importante, sumamente importante, no hay duda. Negarlo no puede ser sino un acto criminal. Pero tampoco puede negarse que convulsiona al conjunto de las relaciones sociales, y económicas, a la totalidad de las instituciones y de los valores y que como acontecimiento total el modo según la transitemos definirá, a su vez, el modo de habitar el mundo.

Nadie sabe cuáles serán los posibles escenarios que habrán de imponerse. Pero si sabemos que cada época incuba la siguiente. Que hay huellas del futuro en todo presente. Que no podemos gozar de ese estado de gracia que da la ingenuidad.

Las disputas mediante las que se dirima cómo se distribuirán las consecuencias de este desastre habrá que darlas, estamos moral e intelectualmente obligados a darlas y sostenerlas. Será duras y habrá que prepararse. Es una ilusión falsificadora suponer la llegada de una nueva lógica distributiva, por lo menos un poco más equitativa, sin que esto suponga antagonismo. Por el contrario, ese

antagonismo propio de todo reparto habrá de profundizarse.

Tenemos indicios. Hay que aguzar su lectura. Ya pueden contarse ganadores y perdedores de esta pandemia y no se precisa de mucha suspicacia para saber quiénes son quienes. Cuál es la parte sin parte. Apenas, una nota: la pandemia ha sido despiadada con las librerías de librereros. Esas, donde permanecer y conversar son momentos de una compra meditada, son las que cierran o dudan en poder sostener la apertura. En el mundo paralelo, Amazon ha facturado cifras siderales en un solo día. Ha acuñado su propia moneda que rige en su territorio virtual; el Amazon Coins.

Los poderes fácticos dominantes (formas de gobierno liberales, capitales especulativos, corporaciones internacionales y la solícita disposición económica y política de sus socios locales) habrán de reforzar su hegemonía y dominio y si, en todo caso, llegara a ser que la crisis altera alguna de estas potestades, echaran mano a su amplia y ensayada gama de recursos para restituir las y esto implicará, qué duda cabe, ampliar – todavía más – la desigualdad, aumentar el capital concentrado, reducir las formas democráticas, destruir los ecosistemas, impulsar el consumo voraz, legitimar y promover la civervigilancia y reforzar y crear nuevos modos de control e intervención biopolíticos. Nada de esto sucederá sin violencia.

La vida como expectativa

La humanidad persigue dos fines,
uno de los cuales, negativo, es
conservar la vida (evitar la muerte),
y el otro, positivo, es
aumentar su intensidad. Estos dos fines no son
contradictorios.

Georges Bataille

No es este el momento de hacer futurología. Digamos, apelando a un gesto de honestidad intelectual, que no poseemos el don de la clarividencia. Sin embargo y como parece, el pensamiento de nuestro tiempo ha decidido salir huyendo hacia adelante de este presente de espera acompasada por el movimiento de un virus

y se ha lanzado con temeridad a contarnos con más o menos fundamento y de variadas y hasta contrarias maneras, cómo será el mundo postpandemia. Hay apuro por dejar atrás la presencia de este virus como si fuera posible erradicarlo en lo inmediato. Como si se tratase de salir de una pesadilla para iniciar la mañana. Más vale pensar que resulta poco probable su desaparición o erradicación en una perspectiva de años, aún cuando se asegurase el éxito de la vacuna, que alentamos. Si ensayamos reconocer que deberemos convivir con el coronavirus, que su presencia estará incorporada a nuestra vida y cotidianidad, al menos por un tiempo no breve, habrá que pensar las estrategias de esa convivencia que necesariamente deberán trascender la inmediatez de las medidas propias de lo que en principio se estimo contingente.

Pero para esto hay que exigirle al pensamiento que no se deshaga de este presente como si fuera un tiempo muerto o un mal sueño. Que se detenga a recoger este dolor del mundo. Que se detenga en las carencias, los sufrimientos de los que han devenido viejxs en riesgo, trabajadores con sueldos arbitrariamente reducidos, desempleados. De los que se han hecho más pobres, de los que se han quedado más solos, más parias así de repente y sin aviso. Necesitamos generar las condiciones de posibilidad para tejer lazos y tramas sociales que construyan vínculos de protección y cuidado para superar el aislamiento. Que eso también es pensar en salud.

Necesitamos reconocernos en nuestra vulnerabilidad y estar activamente conscientes de la dependencia existente entre los humanos. Necesitamos conocer este presente; ver lo que muestra y desentrañar lo que incubaba. Necesitamos de coraje intelectual para dar disputa por las expectativas que den forma a una nueva manera de habitar el mundo, porque es imperiosa otra forma de habitar el mundo y sobre ese imperativo se cifra la posibilidad de su continuidad y para eso es preciso concebir al sujeto político de esta pandemia.

Será mejor no entregarse al trazado de un futuro que nos distraiga de este presente bajo la promesa de la redención y la cura a la manera de una intervención divina porque el futuro ya llegó. Llegó como vos no lo esperabas. Todo un palo, ya lo ves.¹

Y lo sabemos.

1. Patricio Rey y sus redonditos de ricota "Todo un palo"

Bibliografía

- Agamben, G. *Una voce*. En <https://www.quodlibet.it/> Intervención publicada el 8 de octubre de 2020.
- Arendt, H. (1998) *La condición humana*. Paidós. Barcelona.
- Arendt, H. (2009) *Los orígenes del totalitarismo*. Alianza. Madrid.
- Berardi, F. (2020), *El umbral. Crónicas y Meditaciones*. Tinta Limón Ediciones. Buenos Aires.
- Esposito, R. (2003) *Comunitas*. Origen y destino de la comunidad. Amorrortu. Buenos Aires.
- Esposito, R. (2005) *Immunitas*. Protección y negación de la vida. Amorrortu. Buenos Aires.
- Vernant, J.P. (2005) *La muerte en los ojos*. Figuras del Otro en la antigua Grecia. Barcelona. Gedisa.

